

Santerre el juicio, como el 10 de agosto, ó estaría en el complot? Mientras que algunos comisionados que el Ayuntamiento enviaba públicamente llegaban para aconsejar la calma y contener al pueblo, otros individuos de la misma corporación se presentan al comité de las Cuatro Naciones, situado junto al sitio de las matanzas, y dicen: *¡Va todo bien aquí como en el Carmen! El Ayuntamiento nos envía para ofrecer auxilio si lo necesitáis.*

Los comisionados que envió la Asamblea y el Ayuntamiento para poner término á la matanza no pudieron conseguir la menor cosa. Hallaron una multitud inmensa que ocupaba los alrededores de la Abadía, presenciando el tremendo espectáculo á los gritos de *¡viva la nación!* El anciano Dussaulx, subido en una silla, trataba de pronunciar palabras de clemencia, sin conseguir que le escuchasen. Bazire, más diestro, fingió tomar parte en el resentimiento de la multitud; pero tampoco se le hizo caso cuando quiso despertar los sentimientos humanitarios. El procurador del Ayuntamiento, Manuel, poseído de compasión, se expuso á los mayores peligros, sin poder salvar una sola víctima. Al recibir el Ayuntamiento estas noticias, conmovióse un poco, y despachó una segunda diputación *para aplacar los ánimos y dar á conocer al pueblo sus verdaderos intereses*; pero esta diputación, tan impotente como la primera, no consiguió más que libertar algunas mujeres y varios deudosos.

La matanza continúa durante aquella terrible noche; los asesinos van y vienen desde el tribunal á los encierros, y son sucesivamente jueces y verdugos. Al mismo tiempo beben, y depositan sobre una mesa sus vasos teñidos de sangre. En medio de aquella carnicería perdonan, sin embargo, á varias víctimas, experimentando una alegría inconcebible al dejarles la vida. Un joven reclamado por una sección, y que justifica no ser aristócrata, es absuelto á los gritos de *¡viva la nación!* y conducido triunfalmente sobre los brazos ensangrentados de los ejecutores. El venerable Sombreuil, gobernador de los Inválidos, se presenta á su vez, y se le condena á ser trasladado á la Fuerza. Su hija, que le ha visto desde el fondo de su prisión, se lanza á través de las picas y de los sables, estrecha á su padre entre los brazos, cógese á él con tal fuerza, suplica á los asesinos con tantas lágrimas y un acento tan desgarrador, que hace enmudecer á los verdugos. Entonces, como para poner á prueba aquella sensibilidad que les conmueve, dicen á la generosa hija, presentándole un vaso de sangre: *¡Bebe, bebe sangre de aristócrata!* La joven bebe, y su padre queda salvado.

La hija de Cazotte consigue también escurar á su padre con los brazos, suplica como la generosa Sombreuil, es tan irresistible como ella; pero, más feliz, obtiene la salvación de su padre, sin que impongan á su amor filial un precio espantoso. Las lágrimas brotan de los ojos de aquellos hombres feroces, y sin embargo, jaén vuelven á pedir más víctimas! Uno de ellos vuelve á la prisión para conducir más prisioneros á la muerte, y al saber que los infelices que acababa de asesinar habían carecido de agua durante veintidós horas, quiere matar al carcelero. Otro se interesa por una de las futuras víctimas, sólo porque habla el dialecto de su país. «¿Por qué estás aquí?, le dice á Mr. de Journiac de Saint-Medard; si no eres un traidor, el presidente, que no es un necio, sabrá hacerte justicia: no tiembles, y contesta

bien.» Mr. de Journiac es presentado á Maillard, quien, después de mirar el registro, exclama: «¡Ah!, ¿sois vos Mr. de Journiac, el que escribía en el *Diario de la corte y de la ciudad?*—No, contesta el prisionero, es una calumnia; yo no he escrito jamás.—Cuidado con engañarnos, replica Maillard, pues toda calumnia se castiga aquí con la muerte. ¿No os habéis ausentado recientemente para ir á los ejércitos de los emigrados?—También es una calumnia; tengo una certificación para probar que hace veintitrés meses que no salgo de París.—¿De quién es el documento? ¿Es la firma auténtica?—Felizmente para Mr. de Journiac, había en el sanguinario auditorio un hombre que conocía al firmante del certificado; la firma es reconocida, y la declaran verdadera. «Ya lo veis, añade Mr. de Journiac; me han calumniado.—Si el calumniador estuviese aquí, replicó Maillard, se haría una terrible justicia; pero contestad: ¿No había motivo alguno para encerraros?—Sí, responde Mr. de Journiac; era conocido por aristócrata.—¡Aristócrata!—Sí, aristócrata; pero no estáis aquí para juzgar de mis opiniones; sólo debéis examinar la conducta. La mía ha sido irreprochable; jamás conspiré; los soldados de mi regimiento me adoraban, y encargáronme en Nancy que me apoderase de Malseigne.» Admirados de tanta firmeza, los jueces se miran entre sí, y Maillard hace la señal de gracia, resonando entonces por todas partes los gritos de *¡viva la nación!* Aquellos hombres abrazan al prisionero; dos individuos se apoderan de él, y cubriéndole con sus brazos, le hacen pasar sano y salvo á través de la amenazadora fila de picas y sables. Mr. de Journiac quiere darles dinero; pero lo rehusan, y sólo piden un abrazo. Otro prisionero, salvado del mismo modo, es conducido á su casa con igual solicitud. Los ejecutores, cubiertos de sangre, quieren ser testigos de la alegría de su familia, é inmediatamente después vuelven á la matanza! En aquel estado convulsivo succédense todas las emociones en el corazón del hombre; tan pronto dócil como feroz, llora ó mata; sumergido en la sangre, conmueve de pronto un rasgo de abnegación ó una noble firmeza; muéstrase sensible á la gloria de parecer justo, ó á la vanidad de ser probó ó desinteresado. Si en aquellos deplorables días de septiembre se vieron algunos de esos salvajes convertidos en ladrones y asesinos á la vez, hubo en cambio otros que iban á depositar en la mesa del comité de la Abadía las ensangrentadas alhajas de los prisioneros.

Durante aquella espantosa noche, la pandilla de verdugos se había dividido para sembrar el terror y la desolación en las demás prisiones de París. En el Chatelet, en la Fuerza, en la Conserjería, en los Bernardinos, en San Fermín, en la Salitrería y en Bicetre hubo las mismas matanzas, y así como en la Abadía, corrieron torrentes de sangre. Al día siguiente, 3 de septiembre, la luz del sol iluminó la espantosa carnicería de la noche, produciendo en todo París profundo estupor. Billaud-Varennes se presentó de nuevo en la Abadía, donde había estimulado la víspera á los que llamaba *operarios*, y dirigióles de nuevo la palabra en estos términos: «Amigos míos, al matar á esos bribones habéis salvado la patria. La Francia os debe un reconocimiento eterno, y la municipalidad no sabe cómo pagaros. Os ofrece, no obstante, veinticuatro francos á cada uno, que vais á recibir en el acto.» Estas palabras fueron acogidas con

aplausos, y aquellos á quienes iban dirigidas siguieron entonces á Billaud-Varennes al comité para percibir la paga prometida. «¿De dónde queréis, exclama el presidente, que saquemos los fondos para pagaros?» Billaud-Varennes, haciendo un gran elogio de la matanza, contesta al presidente que el ministro del Interior debía tenerlos. Entonces corren á casa de Roland, que acababa de recibir noticia de los crímenes cometidos durante la noche, y que rechaza indignado la petición. Los asesinos vuelven al comité y piden de nuevo, amenazando con la muerte, el salario que han devengado por sus horribles trabajos, de modo que cada individuo de la junta se ve en la precisión de vaciar sus bolsillos para satisfacer la demanda. El Ayuntamiento acaba de pagar la deuda, y en el libro de sus gastos se puede ver el apunte de varias sumas satisfechas á los ejecutores de septiembre, entre las cuales figura, con la fecha del 4 de este mes, la cantidad de 1.463 francos destinados á este uso. Había circulado ya por todo París el relato de tantos horrores, produciendo el más profundo terror. Los jacobinos continuaban callándose; en el Ayuntamiento se comenzaba á tener compasión; pero añábase que el pueblo había sido justo, que no hirió sino á los criminales, y que en su venganza no había cometido más error que el de adelantarse á la cuchilla de la ley. El consejo general había enviado nuevos comisionados para *calmar la efervescencia y atraer á la razón á los extraviados*. Tales eran las frases de las autoridades públicas. En todas partes se encontraban personas que al compadecerse de los sufrimientos de las infelices víctimas, añadían: «Si se les hubiera dejado vivir nos habrían dado muerte en pocos días.» Otros exclamaban: «Si somos vencidos y degollados por los prusianos, al menos habrán sucumbido antes que nosotros.» Tales son las horribles consecuencias del miedo que los partidos inspiran y del odio engendrado por el temor.

En medio de tan horribles desórdenes, la Asamblea, dolorosamente afectada, expedía decretos sobre decretos para pedir cuenta al Ayuntamiento del estado de París, contestando la municipalidad que hacía todos los esfuerzos posibles para restablecer el orden y las leyes. Sin embargo, la Asamblea, compuesta de aquellos girondinos que persiguieron tan valerosamente á los asesinos de septiembre y que murieron con tanta nobleza por haberlos atacado, la Asamblea, repito, no pensó en trasladarse en cuerpo á las prisiones, á fin de colocarse entre los asesinos y las víctimas. Pero si no pudo arrancarla de sus bancos esta idea generosa para conducirla al teatro de la matanza, debe atribuirse á la sorpresa, al convencimiento de su impotencia, ó acaso también al escaso interés que inspira el peligro de un enemigo, ó ya, en fin, á la desastrosa opinión de que participaban algunos diputados, quienes suponían que las víctimas eran otros tantos conspiradores, de quienes se hubiera recibido la muerte á no habérsela dado antes.

Un hombre sólo desplegó en aquel día una generosidad digna de aplauso, pronunciándose enérgica y noblemente contra los asesinos. Desde el segundo día de los tres en que reinaron aquellos verdugos, es decir, desde el lunes por la mañana y apenas supo los crímenes de la noche, escribió al corregidor Petión, que no los conocía aún, y á Santerre, que no hacía nada, dirigiendo á los dos las más amargas reconvenções. Tam-

bién escribió al momento á la Asamblea una carta, cuya lectura mereció repetidos aplausos. Este hombre de bien, tan indignamente calumniado por los partidos, era Roland. En su carta reclamó contra los desórdenes de toda especie, contra las usurpaciones del Ayuntamiento, contra los furores del populacho, y dijo noblemente que sabría morir en el puesto que le había designado la ley.

Sin embargo, si se quiere formar una idea de la disposición de los ánimos, del furor que reinaba contra aquellos á quienes llamaban *traidores* y de los miramientos que se debían tener al hablar á las pasiones delirantes, se puede juzgar por el párrafo siguiente. Ciertamente que no es posible poner en duda el valor del hombre que, solo y públicamente, hacía á todas las autoridades responsables de las matanzas; y sin embargo, véase de qué modo se hallaba precisado á expresarse sobre este punto:

«Acaso debamos echar un velo sobre los acontecimientos ocurridos en el día de ayer. Yo sé que el pueblo, terrible en su venganza, obra en ella con una especie de justicia; no elige por víctima á todo el que se presenta á su furor; dirígese contra aquellos que en su opinión se han substraído demasiado tiempo á la cuchilla de la ley, y que cree debe sacrificar sin demora ante el peligro de las circunstancias. Sin embargo, también sé que es muy fácil que los malvados y traidores abusen de esta efervescencia, y que es preciso reprimirla; sé que debemos á la Francia entera la declaración en que manifestemos que el poder ejecutivo no pudo prever ni remediar estos excesos; sé que es deber de las autoridades constituidas poner término á ellos ó considerarse como nulas; y sé, en fin, que esta declaración me expone el furor de algunos revoltosos. Pero ¡no importa!, que tomen mi vida, pues no la quiero conservar sino para la libertad y para la igualdad. Si éstas hubieran de ser violadas ó aniquiladas, ya por el reinado de los despotas extranjeros ó por el extravío de un pueblo á quien se alucina, ya habría vivido bastante; pero habré cumplido mi deber hasta exhalar el último aliento. Este es el único bien que ambiciono y que no conseguiré arrancarme ningún poder de la tierra.»

La Asamblea aplaudió con entusiasmo esta carta, y á propuesta de Lamourette se ordenó que el Ayuntamiento diese cuenta del estado de París. El consejo contestó que se había restablecido la calma. Al ver la intrépida energía del ministro de la Gobernación, Marat y su comité se irritaron, atreviéndose á expedir contra él una orden de arresto. Tal era su ciego furor, que osaban atacar á un ministro, á un hombre que en aquel momento gozaba todavía de toda su popularidad. Al saber Dantón el hecho, reprendió enérgicamente á los individuos de dicho comité, dándoles el nombre de *raivosos*. Aunque le contrariaba todos los días la inflexibilidad de Roland, distaba mucho de aborrecerle; por otra parte temía, en su terrible política, todo cuanto creía inútil, y en su concepto era una extravagancia apoderarse del primer ministro del Estado hallándose en el ejercicio de sus funciones. En su consecuencia se dirige al corregimiento, preséntase en el comité, y se enfurece contra Marat. Sin embargo, consiguen calmarle, le reconcilian con aquél, y le entregan la orden de arresto, la cual presenta en seguida á Petión, manifestándole lo

que acaba de hacer. «Ved de qué son capaces esos *rabiosos*, dice al corregidor; pero ya les haré yo entrar en razón.—Habéis hecho mal, replica fríamente Petión, porque este acto no habría perdido más que á sus autores.»

El corregidor, por su parte, aunque más frío que Roland, no había demostrado menos valor. En primer lugar escribió á Santerre, que ya fuese por su impotencia ó su complicidad, contestó que tenía el corazón desgarrado por la pena, pero que no le era posible hacerse obedecer; y después dirigióse en persona al teatro de las matanzas. En la Fuerza arrancó de su sangriento sitial á dos oficiales del municipio, que provistos de sus fajas, desempeñaban las mismas funciones de Maillard en la Abadía; mas apenas hubo salido para dirigirse á otros puntos, dichos oficiales volvieron á tomar asiento para continuar sus ejecuciones. Petión, sin autoridad en todas partes, volvió á reunirse con Roland, que se había puesto malo en fuerza de su profunda pena. No se consiguió más que proteger el Temple, cuyo depósito excitaba el furor popular: la fuerza armada, no obstante, fué aquí más feliz, pues una cinta tricolor tendida entre las paredes y el populacho bastó para desviarle, salvando á la familia real.

Los seres monstruosos que vertían la sangre desde el domingo se habían encarnizado en aquella horrible tarea, contrayendo una costumbre que no podían interrumpir. Hasta establecieron una especie de regularidad para las ejecuciones, las cuales suspendían cuando era necesario trasladar los cadáveres, ó apenas llegaba la hora de comer. Las mujeres que llevaban los alimentos á las prisiones para sus maridos, decían que éstos *trabajaban en la Abadía*.

En la Fuerza, en Bicetre y en la Abadía se prolongaron las matanzas más que en otros puntos: en la primera de estas prisiones hallábase la infortunada princesa de Lamballe, que fué célebre en la corte por su belleza y por sus relaciones con la reina. Condúcenla moribunda al terrible tribunal, y los verdugos con faja la preguntan: «¿Quién sois?—Luisa de Saboya, princesa de Lamballe.—¿Cómo figurabais en la corte? ¿Tenéis noticia de las tramas que en ella se fraguaban?—No conozco ninguna.—Jurad que amaréis la libertad, que odiaréis al rey, á la reina y á la monarquía.—Prestaré el primer juramento, pero no el segundo, pues no me lo permite el corazón.»

«Jurad no obstante», le dice uno de los concurrentes que deseaba salvarla. Pero la infeliz princesa no veía ni oía nada; y el presidente pronuncia las palabras: *Poned en libertad á esta señora*. Así como en la Abadía, había-se convenido allí en usar de una palabra que fuera la sentencia de muerte. La infortunada, á quien no se tenía intención de matar, según dicen algunos cronistas, y á la cual se quería dejar en efecto libre, es conducida fuera; pero al llegar á la puerta recibela una multitud furiosa, ávida de carnicería. Entonces la descargan en la parte posterior de la cabeza un sablazo que hace brotar la sangre; á pesar de esto, avanza sostenida por dos hombres, que tal vez querían salvarla; pero á los pocos pasos recibe un segundo golpe, y cae para no levantarse más. Su hermoso cuerpo queda muy pronto destrozado; los asesinos le ultrajan y mutilan, repartiéndose los despojos; clavan en la punta de sus picas la

cabeza, el corazón y otras partes del cadáver, y las pasean por las calles de París. «Es preciso, dicen aquellos hombres en su atroz lenguaje, *llevar todo esto al pie del trono*.» Entonces corren al Temple y despiertan con sus salvajes gritos á los prisioneros, quienes preguntan con espanto qué sucede. Los oficiales del Ayuntamiento procuran impedirles ver el horrible cortejo que pasa por debajo de la ventana, con la sangrienta cabeza clavada en la punta de una pica; pero un guardia nacional dice al fin á la reina: *Lo que no quieren que veáis es la cabeza de la princesa de Lamballe*. Al oír estas palabras se desmaya la reina; madama Isabel, el rey y el ayuda de cámara, Clery, retiran de allí á la infortunada princesa; y aún resuenan largo tiempo alrededor de los muros del Temple los salvajes gritos de aquella horda feroz.

El día 3 y toda la noche del 3 al 4 continuaron aún estos infames asesinatos. En Bicetre, sobre todo, fué la carnicería más larga y terrible que en ningún otro punto. Había allí algunos miles de prisioneros encerrados, como se sabe, por toda clase de vicios; y al ser atacados trataron de defenderse, de tal modo que se quiso emplear artillería para rendirlos. Un individuo del consejo general del Ayuntamiento osó pedir fuerza armada para someter á los prisioneros que se defendían; pero no se le escuchó. Petión fué á Bicetre; mas no pudo conseguir nada. La sed de sangre animaba á toda aquella multitud; el furor de combatir y asesinar había sucedido en ella al fanatismo político, y mataba por matar. La carnicería duró hasta el miércoles 5 de septiembre.

Por fin habían perecido todas las víctimas designadas; las prisiones quedaron vacías, y los furiosos pedían sin embargo más sangre; pero los sombríos ordenadores de tantos asesinatos parecían mostrarse ya más accesibles á la compasión, dulcificándose un poco el lenguaje del Ayuntamiento. Dijo que, profundamente conmovido por el rigor con que se había tratado á los prisioneros, daba nuevas órdenes para reprimirle, y que aquella vez era mejor obedecido. Sin embargo, apenas quedaban algunos infelices á quienes pudiera ser útil esta compasión. El cálculo que se hizo sobre el número de víctimas difiere en todos los relatos de la época; pero varía de seis á doce mil para las prisiones de París.

Es de advertir que si las ejecuciones sembraron el espanto, no causó menos estupor que aquéllas la audacia con que se confesaron y con que se recomendó la imitación del ejemplo. El comité de vigilancia tuvo el atrevimiento de expedir con este motivo una circular á todos los ayuntamientos de la nación, circular que debe conservar la historia con las siete firmas que en ella se estamparon. He aquí el contenido de este notable documento:

«París 2 de septiembre de 1792.

»Hermanos y amigos: Un horrible complot, tramado por la corte para asesinar á todos los patriotas del imperio francés, complot en que estaban comprometidos muchos individuos de la Asamblea Nacional, puso al Ayuntamiento de París, en 9 del mes último, en la cruel necesidad de usar de la fuerza del pueblo para salvar á la nación, y no ha omitido nada para merecer bien de la patria. Después de las pruebas que acababa de darle la misma Asamblea Nacional, ¿quién hubiera creído que entonces se tramaban secretamente nuevas conspiracio-



LA PRINCESA DE LAMBALLE

nes, que debían consumarse en el momento mismo en que la Asamblea Nacional, olvidando que acababa de declarar que el Ayuntamiento de París había salvado á la patria, se apresuraba á destituirle en premio de su ardiente civismo? Al saberse esta noticia, el clamor público, elevándose por todas partes, hizo comprender á la Asamblea Nacional la urgente necesidad de unirse al pueblo, y devolver al Ayuntamiento, anulando el decreto de destitución, la autoridad de que le había revestido.

»Orguloso con poseer toda la confianza nacional, que se esforzará por merecer cada vez más; situado en el foco de todas las conspiraciones, y resuelto á perecer por la salvación pública, no se vanagloriará de haber cumplido con su deber hasta que obtenga vuestra aprobación, que es el objeto de todos sus deseos, y de la cual no estará cierto hasta que todos los departamentos hayan sancionado las medidas adoptadas para la salvación pública. Profesando los principios de la más perfecta igualdad, sin ambicionar más privilegio que el de presentarse el primero en la brecha, se apresurará á ponerse al nivel del ayuntamiento más reducido, cuando nada tenga que temer.

»Noticioso de que algunas hordas bárbaras avanzaban contra él, el Ayuntamiento de París se apresura á informar á sus hermanos de todos los departamentos, que una parte de los feroces conspiradores detenidos en las prisiones ha sido inmolada por el pueblo, acto de justicia que juzgó indispensable para contener por el terror á las legiones de traidores encerradas en nuestros muros en el momento en que se debía marchar á combatir al enemigo. Y seguramente que la nación se apresurará á adoptar este medio tan útil y necesario, después de la prolongada serie de traiciones que la han conducido al borde del abismo, y que todos los franceses dirán como los parisienses: marchemos contra el enemigo, sin dejar detrás bandidos que asesinen á nuestras mujeres é hijos.

»Firmado:—DUPLAIN, PANIS, SERGENT, LENFANT, MARAT, LEFORT, JOURDEUIL, *jefes del comité de vigilancia constituido en el Ayuntamiento.*»

Basta la lectura de este documento para juzgar del grado de fanatismo á que llegaron los ánimos por la proximidad del peligro.

Tiempo es ya de que dirijamos nuestras miradas al teatro de la guerra, donde sólo veremos hechos gloriosos.